Gracias, maestros

Rosa Isela González Rivas

Estudiante de la Escuela Normal “Profesora Leonarda Gómez Blanco”,
Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala. itselaarg@gmail.com

“Gracias” parecía una simple palabra, pero para mí tenía un enorme significado, porque durante largo tiempo este maestro me había enseñado algo tanpreciado como la música; no es que los demás profesores no lo hubieran hecho, pero entender y leer la música había sido un regalo excepcional que él me había dado y que disfruté profundamente. Por eso sentía que decirle un simple gracias a quien me impartió clases tan enriquecedoras, por tan poco salario, nunca sería suficiente. De hecho, aún puedo escuchar sus consejos: *“Si lo entiendes, no es necesario que lo memorices”* o *“No te detengas, aunque te equivoques”*, mismos que han sido de utilidad para otras cuestiones de mi vida.

Por lo menos dije “gracias”, porque si me remonto a toda mi trayectoria académica, han sido contadas las veces en las que he mostrado un verdadero agradecimiento a mis maestros; son tantos los conocimientos y enseñanzas que me han dejado que, ahora que me encuentro hacia el mismo camino llamado docencia, he llegado a reflexionar si realmente he agradecido lo suficiente.

Anterior a mi formación docente, nunca me detuve a pensar verdaderamente lo que implicaba ser maestro; recuerdo a profesores de todo tipo, aquellos que fueron los mejores enseñando y tan exigentes, y a otros que eran absolutamente todo lo contrario. Sin embargo, era tan fácil juzgarlos a todos. Cuando te reprendían, entonces era fácil mencionar sus fallos, pero cuando te elogiaban, era fácil defenderlo.

Siempre ha sido difícil comprender las verdaderas razones de los comportamientos y decisiones que llegan a tomar los docentes; casi siempre pensamos en razones completamente contrarias a las verdaderas, sin lograr entender que detrás de dichas acciones hay experiencias, responsabilidades y presiones.

En nuestros días puede ser que siga ocurriendo lo mismo, pero creo que se puede ser más consciente sobre lo que implica dedicarse a dar cla-

ses; por ello, pienso que no he agradecido lo suficiente, porque, por ejemplo, aprender a multiplicar implicó que la docente se quedara conmigo a la hora de recreo a explicarme después de tantas veces; o porque el recibir una buena clase de química implicó una gran preparación por parte de mi maestra.

Escuchar palabras de aliento como “Tú puedes” o “No te rindas” reflejaba profunda empatía y cuando me exigieron, me corrigieron o me brindaron las oportunidades para crecer, entendí que había una auténtica vocación por la enseñanza a pesar del poco reconocimiento que tenían. Es ahí cuando me di cuenta de que enseñar implica un verdadero compromiso y poca valoración.

Esta falta de valoración y reconocimiento es bastante común, porque, cuando alguien pregunta “¿A qué te dedicas?” y la respuesta es “Soy maestro”, se ríen y mencionan: “Es muy fácil ser maestro”. En cambio, cuando escuchas la respuesta de “Soy doctor” o “Soy ingeniero”, la reacción suele ser de respeto y admiración.

Pareciera que en las escuelas se vive lo mismo, pues algunos alumnos no hacen otra cosa más que demostrar su desagrado por las instrucciones que dan los maestros; de hecho, creo que solo quieren complicarles la vida cuando lo único que quieren es ayudarlos, tanto, que incluso, a veces se percibe la resignación en ellos o ciertas muestras de haberse rendido.

No obstante lo anterior, considero que hay estudiantes que recordarán por siempre las enseñanzas y consejos de sus maestros y que, desde luego, agradecerán enormemente lo que hicieron por ellos; aun cuando esto no es tan visible o nunca se los hayan dicho.

He escuchado entre los estudiantes, mis compañeros, “Solo vine hoy por su clase” o “Yo nunca me perdería sus clases”, “Me gusta la forma en la que enseña”, “Menos mal ella va a ser nuestra maestra”; son palabras que denotan reconocimiento y valoración, pero, además, que muchos docentes son admirados, tan es así que casi podría escuchar “Quisiera ser como usted”. Esos maestros suelen formar parte importante en su vida, en nuestra vida.

Por todo ello gracias, gracias, a los docentes de ayer, de hoy y de mañana, aun cuando algunos de ellos hayan dejado más huella que otros, en unos más que otros, y cuyos esfuerzos se hayan notado al interior de las aulas unos más que otros. A todos ellos: muchas gracias.